



## Libro: “JÓVENES Y DIOS: Proyecto de Pastoral con Jóvenes”.

**Equipo Adsis de pastoral con jóvenes.**  
Editorial PPC, Madrid, 2007.

Resumen y fragmentos del punto 1 de la primera parte:  
(Texto presentado con autorización del editor)

### **LOS JÓVENES. Mirada a la realidad y a la cultura.**

1.1-. ¿De qué hablamos cuando hablamos de los jóvenes? Algunos de los puntos de partida a considerar para describir la realidad de los jóvenes, y plantearnos propuestas pedagógico-pastorales para ellos, son los siguientes:

- Diversidad de los jóvenes:

Los jóvenes se caracterizan por su diversidad. No es lo mismo hablar de los jóvenes que hablar de la juventud. Los jóvenes son diversos y solo se unifican en una categoría en las que se preocupan por identificarse. “La nota de la diversidad y la pluralidad interna del colectivo juvenil es, además, cada vez más relevante y de mayor alcance en la medida que la sociedad toda se va pluralizando y diversificando, al menos algunos aspectos”. (p.19)

- Reflejo de la cultura y la sociedad que viven:

Lo que viven los jóvenes es reflejo de la sociedad y cultura que les toca vivir. Cuando describimos a los jóvenes estamos describiendo la cultura creada por los adultos. En cada generación se pueden descubrir algunos rasgos comunes que expresan la cultura en la que se están formando.

- El lugar desde el que se mira a los jóvenes:

De los jóvenes se habla desde la perspectiva de los adultos. Las críticas a la realidad de los jóvenes hablan de los propios adultos que las formulan. Vivimos la contradicción entre la exaltación de lo joven y el rechazo de los jóvenes. En la historia se repiten las opiniones e incomodidades de los adultos hacia los jóvenes, similares a las que estos mismos adultos recibieron en su época de juventud, por lo que pareciera que la realidad de los jóvenes tiende, y seguirá siendo así, a incomodar a los adultos, a pesar de mantenerse en una contradicción entre envidiar ciertos atributos y molestarse ante algunos comportamientos. Se pide a los jóvenes que se incorporen a las dinámicas ya hechas sin desestabilizarlas. Igualmente esta relación se mantiene en la Iglesia: “exaltamos la importancia de que los jóvenes se incorporen a las dinámicas de las comunidades y afirmamos que son el centro de nuestra preocupación, pero muchas veces, en lo concreto y real de la vida parroquial o comunitaria, tenemos que reconocer que lo que se está pidiendo a los jóvenes es que se incorporen a la dinámica ya hecha, sin desestabilizarla o modificarla. Se les pide que se adecúen a los comportamientos que a los adultos les resultan cómodos y funcionales en su

momento vital, que no coinciden con los comportamientos funcionales para los jóvenes, que tienen otras tareas vitales que resolver”. (p.21).

- El mito del inconformismo juvenil:

Es necesario desmontar los mitos y los prejuicios con los que nos enfrentamos a los jóvenes para poder analizar su realidad. Definiciones como: inquietos, críticos, idealistas se han repetido en el discurso, sin embargo, no necesariamente han sido así las mayorías.

- El mito de la falta de esfuerzo:

Reconozcamos que los jóvenes son, no deben ser: a cada uno de ellos corresponde decidir cómo viven y configuran su vida. Solemos catalogar a los jóvenes con un modo de inconformismo y además agregamos la necesidad de que los jóvenes deben ser esforzados y disciplinados. Ante esto es necesario ver como joven, no como adulto: “Los jóvenes, como cualquier otra persona, se esfuerzan y sacrifican verdaderamente por aquello que les importa o les interesa. El problema es si lo que nosotros les ofrecemos les resulta suficientemente interesante y vital como para hacer sacrificios por ello” (p.22). Estas necesidades que les atribuimos a los jóvenes hablan más de lo que los adultos desean que de lo que realmente los jóvenes deben ser. Es por eso que como educadores, debemos verlos desde la mirada de lo que son, su libertad y su derecho de elegir lo que deseen ser, aun cuando esto no se amolde a nuestros propios deseos. Solo así podremos incluirnos en el proceso de orientarles.

## **1.2-. Algunos rasgos que enmarcan la realidad de los jóvenes.**

- La juventud es producto de la organización social.

La “juventud” es una condición que se otorga a individuos, configurada y definida por la sociedad, y por tanto, asume características distintas según la sociedad que la determina, de acuerdo a la cultura, la historia, o las circunstancias.

- La juventud se enmarca como una etapa en el continuo de crecimiento humano: entre la dependencia infantil y la autonomía adulta.

Se suele considerar como “jóvenes” a aquellas personas cuyas edades están comprendidas entre los 15 y los 30 años, con algún margen de diferencia de cinco años por encima y por debajo de estos parámetros; sin embargo, esta condición también viene determinada según rasgos psicológicos y biológicos, por el continuo crecimiento del ser humano.

- La juventud es el periodo en el que la persona tiene la tarea de definir su identidad y tomar algunas decisiones fundamentales.

La etapa de la juventud es una etapa de transición donde el individuo comienza a configurar su vida como adulto, tomando decisiones que determinarán su historia, su desarrollo y su identidad hacia su autonomía. Esta etapa es tan compleja como lo sea la situación en la que el individuo se desenvuelva. En otras épocas, la profesión y su “lugar social” venían mayormente determinados por su historia familiar y el lugar de nacimiento. En la medida que las sociedades se han complejizado, así mismo se ha complejizado el proceso de toma de decisiones, y se ha ampliado la

posibilidad de oportunidades y de aspiraciones que el individuo tiene que definir personalmente, lo cual también ha determinado que este proceso se haya alargado en su duración. En esta fase de transición se presenta una situación de dispersión y exclusión. “Los adolescentes y jóvenes están momentáneamente situados fuera de la estructura social normal: ni heterónomos, ni niños ni adultos” (p.24) Es una fase en que la persona ha perdido características de la fase infantil, y sin embargo, aun no logra adquirir las de la fase posterior, las de la adultez; pertenece a ambas realidades y a ninguna. Al ser una etapa de indefinición, provoca inseguridad. Se presenta una situación de inestabilidad e incertidumbre que genera cierta inseguridad, la cual se suele “pretender llenar” de diversas maneras, mediante el consumo, la identificación grupal y la imagen, asumiendo otras características externas. Los “espacios” mayormente identificados como “de los jóvenes” son la calle y la noche. Estos espacios van de la mano con un proceso de búsqueda. La calle y la noche pueden ser elementos facilitantes para propiciar nuevas propuestas, incluidas la fe y el seguimiento de Jesús. La configuración de su propia identidad es la primera tarea con la que se enfrentan los adolescentes en esta etapa de transición. “Los adolescentes necesitan construirse una identidad”. (p.25). Esta identidad es compleja y dinámica, no es definitiva sino que se va construyendo, va siendo definida por el contexto y está en permanente evolución. “La identidad se juega en las características personales que elegimos como definitivas de nosotros mismos y que pretendemos conservar a lo largo de nuestra vida. Para que se dé un proceso de definición de identidad es preciso asumir y resolver conflictos de valores. La identidad se va definiendo entre apuestas y conflictos, en la medida en que me voy comprometiendo no solo con un valor, un gusto, una actividad, sino que ese valor, ese gusto, esa actividad, esa pertenencia, va siendo permanente en mi vida” (p.27) La identidad se relaciona directamente con la pertenencia. Las características que se eligen como aspectos centrales en mi vida, van directamente ligadas al grupo social al cual pertenezco, y en buena medida se define como la afirmación o negación de la identidad de este grupo. La identidad me hace pertenecer y la pertenencia me hace identificarme. “Quien soy” tiene que ver con “con quién soy”, y viceversa. Los procesos de pastoral deben estar diseñados para contribuir a los jóvenes a asumir, desde la libertad, una identidad cristiana.

Acompañar la construcción de la propia identidad y ofrecerle desarrollar una identidad cuyo centro sea el seguimiento de Jesús. Lo complejo y dinámico de la actualidad afecta lo “permanente” y por ende las “definitividades” que puedan considerarse en este momento de toma de decisiones vitales. Parte de esta toma de decisiones es la formación de actitudes. “Los seres humanos tenemos una gran necesidad de coherencia interna: necesitamos percibir que nuestras opciones son coherentes con nuestras ideas y convicciones. De lo contrario nos vemos obligados a modificar nuestras ideas, a cambiar nuestro comportamiento o, (cuando eso nos resulta imposible o no deseamos asumir el coste que supone) a vivir con falsas conciencias que nos permitan una apariencia de coherencia ante nosotros mismos. La disonancia cognitiva, el conflicto entre lo que pensamos y lo que hacemos, genera una tensión interna en la que no podemos permanecer demasiado tiempo; nos escinde interiormente” (p.30). Las actitudes y las decisiones confirman la identidad o la modifican. Por ello es importante ayudar a traducir esta identidad en decisiones y actitudes que configuren un estilo de vida que dé coherencia y firmeza a esa identidad del joven, lo cual implica: “Formular y consolidar los valores que eligen como centrales para sus vidas; descubrir y aterrizar las consecuencias prácticas de elegir estos valores y; asumir los conflictos inherentes a la toma de decisiones” (p.30). La renuncia forma parte de toda elección. No hay forma de ejercer la libertad sin la capacidad de elegir. Las consecuencias de cada elección darán las pautas para priorizar valores. Ante la búsqueda de identidad, ayuda facilitarles el proceso de descubrirse como hijos de Dios ante la búsqueda de pertenencia, proponerles

espacios de fraternidad como estilo de relación ante la búsqueda de sentido, ofrecerles modos de descubrir la propuesta del Reino como eje fundamental de sus vidas.

### **1.3-. En un momento de cambio cultural.**

- Una realidad distinta.

En el caso de la realidad de España, se plantea una dificultad para acercarse a los jóvenes; en el caso de América, una necesidad de integrar la fe y la vida. Es difícil diseñar espacios de formación que ayuden a integrar al joven en la comunidad eclesial de forma madura y en profundidad. El estilo europeo ha sido mayoritariamente “textual”, de mucho concepto, al contrario que el modo latinoamericano, el cual plantea mayor espacio para lo afectivo y la incorporación a la pastoral de procesos de educación popular, ambos con distintas realidades y dificultades. “Ante esta realidad, es importante partir de la premisa que ‘El problema de la pastoral es un problema de los pastores’, no de los destinatarios” (p.33). Es tarea nuestra conectarnos con la realidad de los jóvenes.

- Asumir los desafíos de la modernidad y la postmodernidad.

La modernidad nos presentó la racionalidad como elemento central del ser humano, el plantearse la vida como proyecto conforme a un valor que lo rige. La realidad actual invita a asumir estos desafíos de la modernidad introduciendo la crítica a la postmodernidad como un proceso de humanización y desarrollo del ser, en el que el Espíritu sirve como motor de la historia. Es superarse, superar las concepciones y procesos educativos y reformularlos de acuerdo a los modos culturales actuales. La racionalidad científica y filosófica de la modernidad es superada al complementarse con la racionalidad afectiva, emocional, intuitiva, artística. “No se trata de convencer sino de conocer. La consecuencia pastoral es que ya no podemos considerar que la racionalización de la fe y la formación intelectual sean la única base sólida para la educación de la fe. No se trata de convencer intelectualmente de la existencia de Dios” (p.35). El modo de concebir la vida es distinto, pasamos del proyecto a la experiencia. La vida se adopta como una sumatoria de experiencias concatenadas. Las decisiones dejan de traducirse en metas permanentes y se transforman en una manera de vivir el presente con profundidad y darle importancia a cada experiencia, a cada momento. “Esto hace, lógicamente, que hoy no seduzcan mayoritariamente las ideas de futuro (el Reino como meta a conquistar), sino las experiencias vitales de plenitud” (p.35). Ya la concepción de la persona como un ser unitario y racional es desplazada por una visión fragmentaria, compuesta, con tensiones internas, y cuya unidad es una conquista. Es por ello que es necesario dar herramientas para construirla en diálogo con las distintas realidades y circunstancias del joven.

La postmodernidad desmonta el carácter autónomo del ser humano, planteado en la modernidad como alguien libre y completo de sí mismo, capaz de dominar el mundo, y es cuando se acentúa el carácter relacional del ser humano, se maneja en función de las relaciones, el trabajo en equipo, y “se acentúa la importancia de los núcleos cálidos y cercanos, de la familia y los amigos, porque sabemos que los necesitamos para vivir” (p.36). En este sentido, tendrá sentido un proyecto comunitario afectivo y no sólo funcional. Se establecen redes, y en ellas se complejizan los proyectos. La pluralidad y la diversidad son fundamentales para que la educación y los procesos pastorales tengan éxito. Así mismo, ya las decisiones no se toman porque “debo”, sino porque “lo creo” o “lo quiero”. Es por ello que los valores éticos deben arraigarse internamente y con mayor fuerza, para no ser simples normativas racionales, sino que se conviertan en actitudes de

convencimiento. En la postmodernidad se plantea un paso de la coherencia a la intuición. Ser coherente es importante, pero no lo más importante, sino el actuar por convencimiento, por creencia, por certeza; no sólo racionalmente, sino espiritualmente. En este aspecto se propone el siguiente cuadro síntesis (p. 39):

	MODERNIDAD	POST-MODERNIDAD	CONSECUENCIA PASTORAL
Principio rector	Racionalidad lógica, científica	Otras racionalidades	No solo ni principalmente formación intelectual
La vida como...	Proyecto	Experiencia / aventura	Provocar experiencias vitales significativas
El ser humano	Racional y unitario	Fragmentario y contextual	Acompañar procesos de construcción de la identidad
Característica central del ser humano	Autonomía	Relacionalidad	La comunidad como referente significativo
Procesos	Lineales	Circulares / en red	Cambio en el estilo del proceso pastoral
Motor de decisiones	Debe ser	Convencimiento / Adhesión vital	Procesos de mayor profundidad
Cauce de los procesos	Afectivo y social	Libertad de elección	Personalización de los procesos
Razón para las decisiones	Coherencia	Intuición	Significatividad del testimonio y la experiencia

- Coherencia con la realidad.

“Los jóvenes van construyendo su identidad como un puzzle y con radar”. (p.39). La sociedad actual ofrece una mayor cantidad de ofertas y pocos caminos fijos que se encuentran con múltiples opciones posibles. Es por eso que la vinculación a la fe será cada vez más voluntaria, donde sin estar dispuestos a renunciar a la afectividad, admiten grados de adhesión variables, y ante la cada vez menos participación de los jóvenes en las comunidades parroquiales y eclesiales, vale la pena preguntarse qué tan Buena Noticia estamos transmitiendo en ellos.